

JOSAN BUSTAMANTE CARPIO

LAS 7 FORMAS DE
LEIMANIAN



JOSAN
BUSTAMANTE
CARPIO

LAS SIETE FORMAS DE LEIMANIAN

Jocsan Bustamante Carpio

Jocsan Bustamante Carpio
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798518801424

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Alirio Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Se escuchaba una y otra vez la misma melodía, yo percibía cómo los dedos se alzaban sobre las teclas, y se hundían vertiginosos en patrones casi indescifrables; al mismo tiempo, el enorme salón donde sonaba el piano comenzaba a separarse lentamente del resto la casa...

Las parejas seguían bailando con absoluta normalidad, se desplazaban con elegancia sobre baldosas de mármol, que dibujaban caprichosas geometrías bajo sus pies. En cada giro se quedaban atascadas algunas partículas de realidad, mientras que la imaginación compensaba el balance con total gracia y pulcritud... A discreción personal, se fracturaba el recinto y sonaba la rotura como el comienzo de un vals, la melodía superlativa del antiguo piano absorbía las dimensiones internas de cada cual, y detrás del sugerido compás, se escuchaba el ruido de la distancia entre el destino deseado y el minuto que recién había pasado...

Los selectos bailarines que acudieron aquella noche al salón, disfrutaban las alegrías de los momentos perfectos, y yo, de la oportunidad que me brindaba el destino de develar el fabuloso misterio que escondía el piano de Leimanian. Cada minuto que les concedía la noche traía consigo el sabor de la plenitud, la misteriosa delicia de poder

actuar de acuerdo a la voluntad, mirándose los unos a los otros a través de una atmósfera homogénea con diferente gravedad. Los cristales de las ventanas escondían la sumatoria de todos los vacíos, con las frustraciones de los que estaban adentro, y tomaban la apariencia del olvido. En parejas alternadas continuaban mujeres y hombres su magnífica danza cruzando el espacio de lado a lado, liberando la rigidez, la oscuridad... y entregándose a la elocuencia de movimientos ligeros y colores verdaderos, contenidos en los esquemas del interminable vals... ¡Todos buscando en la afanosa sinfonía una vida distinta a la ya transcurrida, cada persona viviendo a plenitud, el matiz más adecuado de su momento anhelado! Casi nadie conocía personalmente a Leimanian, pues no acostumbraba compartir fuera del estricto protocolo de sus apariciones sinfónicas; también era mi caso, pese a que fui convocado por él para escribir un ensayo literario acerca de su extraña virtud, de su don, uno diferente de cualquier otro que hubiese conocido. El «maestro» utilizaba las sombras del ambiente como antifaz cuando se sentaba frente al piano, hablaba con una voz ronca y tenebrosa para anunciar las piezas que estaba a punto de interpretar; un cuarteto de cuerdas solía iniciar la ceremonia, y a la entra-

da del maestro el silencio hacía lo propio con su densidad teatral... La media luz construía el escenario de sombras, y las cuerdas exclamaban con gritos agudos, el preludio de una faena celosa de su extraña libertad.

En las afueras de la casa, se acomodaron lujosos autos frente a los jardines y las plazas. Los choferes y el resto de acompañantes no podían traspasar el primer recibidor, donde eran atendidos por un personal uniformado y profesional. En el fondo del salón, detrás del cuarteto y del piano de Leimanian, superando la doble altura de los techos, se veía soberbia una cabeza de piedra tallada con extrema precisión; quizás era una pieza de museo étnica y extravagante, que decoraba la austeridad del alguna vez lujoso salón, convertido hoy día en una mezcla delicada de ruina y elegancia.

Entre los elementos más exóticos de la enorme cabeza, estaba una peculiar luminosidad en el lugar que ocuparía el área del cráneo, el cual era traslúcido, como la superficie del cuarzo; la luz artificial penetraba su interior a través de una delgada ventana, que parecía estar ubicada precisamente para dividir axialmente los hemisferios del imaginario cerebro. Esa luz se repartía proporcionalmente en toda la cavidad, y cuando apenas iniciaba el escenario de sombras con la entrada del maestro

y su situación ante el piano, comenzaba a irradiar un disco solar elíptico, un aro luminoso que coronaba exactamente la circunferencia craneal. En la rigidez de la estructura, se delineaban los rasgos de su rostro con suprema perfección, cada detalle de su fisonomía sugería una humanidad total, se percibía la textura de la piel, el tono muscular facial, incluso las imperfecciones, propias de la realidad de la creación que se supone recreaba... Pero al escuchar por primera vez a Leimanian y su piano delirante, pensé que era lo inverso, que aquella piedra era el molde del hombre primordial, una suerte de crisol donde se incubó el primer humano, hecho con sonidos de creación en los compases de un vals...

¡Yo veía lo mismo que los notables, también tuve que bailar el vals! Uno, dos, tres... girando en solitario, copiando los pasos de lisiados físicos y emocionales, de ciegos de los ojos y del alma que allí lograban lo imposible, paseándose por el salón, sobre las baldosas de marfil... Allí las paredes se desmoronaban ante los ojos empapados de fantasía; allí se corrompía gradualmente la integridad del ambiente, hasta que el tiempo se hacía distancia a los efectos de la consciencia, la distancia entre las fronteras de los dos lados de la existencia... Allí las sombras encandilaban a las ra-

zones para su ausencia de luz, se divisaban sendos navíos en cada puerto, se producía una suerte de convergencia entre las aguas cálidas de las mareas de la vida convencional, y las corrientes frías de los mares de las vivencias más allá de lo carnal... Una mixtura de océano que mezclaba sus rugidos constantes con los compases ternarios del más delicioso vals. A la par, en la ventana se iba transformando el vacío en extensiones incalculables de una bruma surreal...

Se asomaba por cada alféizar una ensenada, cuyas arenas se multiplicaban. Según el sueño tomaba forma de puente, y según lo transitaban lentamente los fogosos bailarines, que sujetándose con aplomo avanzaban en direcciones desconocidas... Se aproximaban a la progresiva ensenada que se apoderaba del entorno y borraba de los sentidos, con suprema discreción, la fracturada vivienda de la cual habrían salido un par de pasos atrás, un par de vueltas atrás, unos compases atrás... En aquella playa sin nombre, los vientos y los arenales bailaban también el perpetuo vals de Leimanian, la brisa se arremolinaba en sectores de locación aleatoria, y se alzaba revistiendo altísimas corrientes de aire, quizás emulando la extraña dinámica de los espíritus del desierto... Después de la polvareda, se duplicaba el número de los bai-

larines que partieron desde el salón. No comprendí al momento la duplicidad de los notables, pero admito que lejos de ser un suceso espeluznante, resultó ser nutritivo, apreciar aquella suerte de materialización de las parejas ausentes, separadas por las distancias del tiempo, en el presente...

De acuerdo a la cuantía de los recién llegados, se dejaban ver sendas rocas que copiaban con maestría la enorme cabeza humana que dejaron atrás, en la profundidad de la casa fracturada, en el ya desaparecido escenario de sombras, donde aún el misterioso pianista interpretaba su persistente vals... Cada cabeza de roca similar a la del escenario de Leimanian, estaba asociada a los individuos que surgieron de pronto en aquella playa imaginaria, cuyas arenas resultaban neutrales a los efectos de las místicas apariciones en el mundo, de un grupo de personas que ya no lo habitaban de una manera, que a nuestro juicio, se considere normal. Si bien aquellos fantasmas tenían una fisonomía común y corriente, no puedo decir lo mismo de las cabezas que parecían sostenerlos en esa relativa realidad, pues tenían una mirada vítrea y perturbadora, generando en mí un profundo estado de ansiedad, mas no de miedo. ¡Comprendí de inmediato, que aun sabiéndose observadas, proclamaban el origen de la vida en su interior!

A mi parecer las cabezas contenían un abismo existencial en sus cavidades orbitales, dentro de sus rígidas capas minerales, delimitadas por la solidez que caracteriza a los elementos pétreos... Sus bocas asomaban una incipiente sonrisa, y le conferían una sensación de superioridad. Parecían pregonar con su gesto perenne, que cada una conocía lo que ningún hombre, y que eran el vínculo perfecto entre cualquier duda, y su resolución más aguda... Eran volcánicas y fogosas, como el ímpetu del interior de casi todas las cosas; caóticas como el núcleo de los elementos, mas sin embargo, balanceaban con cierta serenidad el combustible intelectual más refinado, y me brindaban al igual que el interminable vals, una sacra e inexplicable sensación de paz...

Me sentí guiado por mis propios instintos, conducido por una lógica bizarra, basada en visitar una cabeza de piedra hasta la orilla de aquél quimérico mar, para escuchar en los susurros de las olas, sabias enseñanzas acerca de la extraña coyuntura de existir... Caminé lentamente hasta la orilla, las voces se confundían en el sinfónico piélago, cuyo rumor sonaba como una melodía medieval. Percibí la humedad del agua salada a través de mi calzado, y luego por capricho de la marea, el oleaje estalló a mi alrededor, la bruma salpicó mi rostro,

cubierto por la máscara blanca que me exigieron antes, y entonces volví al salón mayor, solo, sin músicos ni cabezas escenográficas. Luego comprendí, que el lugar al cual regresé, era un salón diferente del cual partí. Caminé con los pies mojados por el agua imaginaria del mar, con minúsculos granos de arena desprendiéndose discretamente desde mis zapatos...

Un par de individuos enmascarados de negro, me condujeron hasta una habitación ubicada dos pisos más arriba. Por instantes, sentí que estaba siendo escoltado por una dupla de sombras; eran individuos realmente silenciosos, pálidos y sin densidad... Mientras subía los escalones, noté que físicamente eran idénticos, su rigor gestual, la cabellera incolora y la escasa velloidad general; de hecho, coordinaban sus movimientos de una manera sorprendente, podría describirlo como un sincronismo conductual, a un nivel que no había visto jamás... ¡Así me llevaron a paso marcial, hasta el espacio que sería mi magnífico y forzoso recinto!

No conocía los detalles de nuestro acuerdo multilateral, fingí leer el extenso documento y acepté la propuesta escrita a mano con un anacrónico lenguaje, con letras que parecían húmedas de tinta y pluma, y un sello de lacre que me cautivó por su

toque de misterio y formalidad... En aquel instante comprendí que no volvería a salir de la mansión, al menos hasta que el trabajo estuviese terminado; de seguro había aceptado pernoctar dentro del amurallado recinto mientras tomaba las notas para el ensayo. Por cierto, su distribución interna parecía basaba en la intimidación y el desconcierto, era un psicodélico y deliberado laberinto. Los macabros gemelos no se detuvieron siquiera para aclarar los alcances de mi estancia, asumí que no habría nada prohibido en cuanto a recorrer los espacios, y conocer cada uno de sus ambientes... Los pasillos se proyectaban interminables, los techos eran altísimos y el mismo cuadro de óleo sobre tela se repetía una infinidad de veces, del mismo tamaño, a la misma altura, colgando a cíclica distancia en todas las paredes... La pintura era sin duda de gran valor artístico, pero su contenido era confuso y variaba según el ángulo en que se mirase; el juego de manchas parecía estar vivo, como si fuese un animal a punto de salir del lienzo, e iniciar una faena depredadora contra la integridad del admirador. Las manchas sugerían más de lo que trazaban, el color indefinido pasaba por tonos rojizos y tonos tierra. ¡Todos los cuadros eran originales, pintados sobre lienzos, y todos firmados por Leimanian!

Indudablemente, tenía que haber una explicación de cómo había reproducido aquella innumerable secuencia de pinturas idénticas, incluso me pareció más complejo replicar un juego de manchas y sombras indefinidas, que una pintura que diestramente recrea elementos de la realidad. Las manchas me mostraban un hombre sentado de espaldas frente a un piano de cola, rodeado de niebla y de sombras. Al cambiar un poco el ángulo de visión, surgían facciones humanas en un plano posterior, de gran tamaño como el de la cabeza de piedra; a mayores distancias volaban luciérnagas de fuego fuera del marco, hacia el exterior, a lo largo de todo el pasillo, ¡de seguro bailando y cobrando vida desde la pintura al ritmo mágico de su vals! Yo caminaba todas las noches siguiendo la pista de las luciérnagas imaginarias, alineando mi vista con las manchas de los cuadros en secuencia, a lo largo de las paredes que nada me mostraban desde la superposición; en ocasiones percibía el sonido del piano y el hombre de las manchas inclinaba ligeramente el cuello hacia atrás, elevaba los codos y se levantaba del asiento, como aproximando la pasión de su maravilloso concierto, ¡Casi podía disfrutar de su éxtasis mientras escuchaba en mi mente una balada magistralmente interpretada en Sol Mayor!

Pese a que analicé una notable cantidad de formas nacidas desde las manchas, y caminé siguiendo el trazado luminoso de cientos de luciérnagas, jamás logré llegar al salón donde estaba la cabeza que tanta curiosidad me infundía. Allí, sólo llegaba cuando era escoltado por los macabros gemelos, cada vez que era convocado a participar en una sesión, y mi protocolo era bajar las escaleras hasta un pequeño salón, todo rodeado de puertas; me colocaba el atuendo blanco, la máscara y el sombrero cilíndrico, y me sentaba a esperar en las mullidas poltronas que desafiaban el psicoanálisis y la gravedad, ya que de inmediato absorbían mi peso físico y más aún, el de mi ansiedad. Una vez liberado de prejuicios y del tiempo, me dirigían en incómodo silencio con su marcha militar hasta el salón mayor. Cruzaba las puertas según instrucciones de aquellos, y recorría los mismos pasillos oscuros que caminaba casi a diario, las mismas baldosas de mármol que demarcaban mis estériles paseos, en busca del piano de Leimanian y la cabeza de piedra; las manchas no cobraban vida frente a los pálidos gigantes y el piano sonaba en mi cabeza como una marcha nupcial. ¡Apenas un par de pasos y de pronto se revelaba el portal! como si el salón únicamente existía cuando Leimanian así lo requería.

El primer baile que presencié fue una experiencia inolvidable, la cabeza de piedra se iluminó segundos después que Leimanian inició su vals, y aquella luz provocó en mí una intensa mezcla de sentimientos. A medida que avanzaba la música y giraba sin recato, mirando desde mi armónica rotación hacia la craneal luminosidad (las lágrimas brotaban de mis ojos sin aparente razón), sentí que me invadía una envolvente atracción que definía mis órbitas danzantes, y le daba un centro preciso, incluso a las más devastadas esperanzas y controvertidos anhelos... Sentí la potencia de la voluntad, el poder creador de la palabra y su sonido; me trasladé, en espíritu, a confines espaciales que jamás habría imaginado. Aquello duró un instante, luego vino la lujuria general, la liturgia del vals, y su transferencia psicológica a locaciones menos abstractas. Me atrapó aquel imaginario colectivo, y pude ver la transfiguración del salón en una enseña común a todas las visiones, y sentir el arenal y la humedad de su quimérico mar... En aquella playa sin nombre volvió la luz a los ojos privados de visión, el movimiento a los músculos entumecidos, y la música sonaba fuerte y precisa en los oídos cerrados para los ruidos del mundo... ¡Bailaban y se miraban los que estuvieron impedidos minutos atrás! Las cabezas de pie-

dra, que a efectos de la liturgia veía poéticamente como apóstoles de la metafórica sanación, creaban en sus cavidades cerebrales un reflejo perfecto de la humanidad integral, de los individuos que estaban siendo sanados, una duplicidad formal de cada persona que se exponía al vals, como si en el crisol craneal de las cabezas, se constituyera un cuerpo ideal e incorrupto hecho en diagramas de luz y de sonido.

Utilizando su específica secuencia de acordes en el piano, Leimanian podría llevar a las personas, hasta un indeterminado espacio de liberación y catarsis, un escenario medianamente convencional, con características naturales y relativamente comunes para los atrapados en el trance, a efectos de lograr cierta estabilidad mental... pero capaz de fracturar la ubicuidad de los organismos corruptores de los esquemas de la realidad, y allí, en ese espacio estéril y supra consciente, enfrentaba en cuerpo y alma a cada uno de los afectados, por heridas y desgastes del cuerpo físico o emocional, con su propia duplicidad íntegra y en estado de perfección nominal. La música acortaba la distancia entre los extremos de la existencia de la misma criatura, en su realidad complementaria, y así surgía un intercambio entre las partes de las mismas partes, y lograba recomponer el aspecto interior

original de cada persona; es decir, Leimanian, a través de su vals, lograba restaurar el diseño original de la composición material de cada cual.

Leimanian me concedió una entrevista en la que le mostraría las primeras líneas de mis apuntes, un bosquejo narrativo acerca de mis impresiones y vivencias en la mansión, aun cuando llevaba pocos días en el recinto y una única participación presencial en su última sesión.

Esperaba mucho de aquel encuentro, me había figurado un diálogo fluido y nutritivo con el «maestro», quería escuchar de nuevo aquella voz profunda y sonora que anunció el inicio del vals. Los gemelos macabros fueron el vínculo para extenderle mis notas, lo esperé por horas en el mullido sofá, cómplice y garante de mi descanso, y justo cuando mi peso se hacía infinitesimal sobre el bienaventurado mueble, se apareció un nuevo gigante diferente a los anteriores. Tenía el cabello negro y una barba tupida, me convidó con un gesto a traspasar una de las puertas y caminar lentamente hasta otro pequeño salón. ¡Allí estaba el maestro!, siempre rodeado de sombras como ocultando su identidad... Lo vi sentado al final de una mesa muy larga, garantizando distancia, llevaba un traje negro formal y una boina del

mismo color que le afianzaba el aura de los seres superiores; leía las notas frente a mí sin levantar los ojos de las páginas, su notable complexión y la falta de palabras o gestos delatores me hacían anhelar el sofá... Yo buscaba algún indicio entre los gemelos o el tercer individuo a su alrededor, pero todos parecían poseídos por el vacío; hablaban entre ellos en un lenguaje desconocido para mí, las pupilas del barbudo se dilataron tras los últimos rugidos del maestro. Me miró como si fuese un objeto de devoción del fanático, y luego con dolorosas sonrisas me entregó un amasijo de hojas amarillentas, trozos de páginas de un libro que se estrellaron contra la mesa, elevando partículas de polvo y mi presión arterial.

El maestro me miró de pronto con unos raros ojos color violeta, pareció sufrir un poco también simulando una sonrisa. Luego colocó sus manos enormes en mis antebrazos, presionaba fuertemente las venas y elevaba aún más la elocuencia del ya agitado sistema circulatorio, y con la otra mano, sobre el prolífico polvo, dibujó una serie de figuras en la superficie de la mesa... Hizo mucho hincapié —a través de la mirada violeta—, en aclarar que las formas provenían enteramente de mi pulso, y luego de completar los siete garabatos, los unificó con un círculo perfecto que los conec-

taba... Apenas terminó su juego de órbitas en las partículas de polvo, dijo con la inusual gravedad de su voz: «El Círculo de Actra». Se despidió con un gesto, supongo que amable, y cruzó el portal del fondo seguido del barbudo. No alcancé a decir una palabra, los gemelos me miraban con cierto placer ante la brevedad, observé por algunos segundos los dibujos sobre la mesa, que fueron perdiendo su forma según mi pulso recuperaba el ritmo natural.

Al igual que sucedía con las manchas en los lienzos del pasillo, los trazos de Leimanian cobraban vida en mi mente, los recordaba con detalles que estoy seguro nunca estuvieron en el dibujo original; caminé hacia la habitación perturbando el silencio de los gemelos con el mío, que parecía un hoyo negro alimentándose de la incertidumbre, pero con hambre de la verdad. Las páginas no eran muchas y estaban desordenadas, pero los gemelos me revelaron —probablemente en mi mente— que aquello sería como un elixir inagotable, un vaso que siempre estaría lleno, pero jamás rebosado. Las primeras hojas hablaban acerca de una «paridad existencial», decían que la vida en este mundo era como una «estrella de siete puntas», que los derivados de la «fuente original» estaban contados, y de ellos se desprendían las

fracciones que componían al resto de los vivos, que los números de la creación no eran iguales a las matemáticas de los hombres, pero servían de igual manera como referencia para estimular el concepto de cuantificar.

Si bien las páginas de aquél libro multiplicaban mi pasión por los misterios del vals, no podía dejar de pensar acerca de las siete formas de Leimanian, las figuras que dibujó sobre la mesa, y que cada vez se hacían más claras en mi cabeza. Desde aquella unilateral entrevista —quizás por causa de mi propia sugestión—, veía los cuadros de manchas en los pasillos, agrupados en patrones de siete, alguna puerta interrumpía las líneas de las pinturas, o quizás un giro en el pasillo quebraba la visual, pero siempre se alineaban siete lienzos, y las manchas que me mostraban al hombre del piano antes, ahora me detallaban las siete formas de Leimanian... Sentía que cada forma estaba relacionada con una fracción de mi existencia, que me traía recuerdos de situaciones y locaciones que no conocía, decisiones que no había tomado, momentos y personas que no había visto jamás, pero sentía muy próximas y estimadas.

¡Las siete formas avivaron con gran elocuencia mis sentimientos poéticos! Sus contornos se desplegaban en los confines de mis pensamientos más

excéntricos, desbalanceados y asimétricos... Me hacían soñar de una manera profunda y vivencial, particularmente difícil de describir con las limitaciones expresivas de la prosa... Quise entonces escribir poesía, expresar con acordes de letras lo que el maestro con su vals. ¡Quizás la composición visual de las formas de Leimanian creaba en mis sentidos el mismo efecto que sus sonidos! De cualquier manera, en el ingrátido sofá comencé a visitar locaciones abstractas y lugares fantásticos, que se revelaban en mi mente, a medida que las formas en mis oídos se organizaban lentamente... ¡Soñaba en silencio con los efectos del vals!. Había un delicioso aroma femenino que servía como preludio a la aparición de una misteriosa mujer, la anfitriona onírica de silueta medio desnuda y cabello vaporoso, cuyos movimientos ondulatorios cubrían con frustrante precisión, las primarias razones de mi admiración por su belleza de mujer; me diluía en esa compleja ilusión que caminaba hacia mí sin acortar distancia, y transformaba el descanso en una secuencia de viajes espirituales hacia los sugeridos recodos de las formas que me había dibujado Leimanian.

La primera de ellas, la que de inmediato se revelaba entre los lienzos del salón, me atrapó con la sencillez de su fondo indeterminado y blanqueci-

no, sobre el cual cobraban vida sinuosas líneas de tonos tierra, que vendrían a ser el contorno de la misteriosa mujer, confinada en un esquema imaginario de trazos muy simples. Y de aquel primigenio viaje, como poesía quedó escrito:

«Soñé una dama en bocetos hechos con tierra de Siena, sobre el infinito blanco que lucen las azucenas».

Yo era un humilde escritor que decretaba la vida susurrando a los balcones del palacio del amor, ella, criatura del sueño deliberada y serena, con su espectro saturado en el rojo desbocado que inventaron las cayenas.

«¡En madrugadas amenas, sus ojos yo imaginaba, y ella tierna me miraba, como el arte a su mecenas!».

La vida le concedía soñándola entre azucenas, y un sentimiento manaba con la ocasión de la escena...

«¡Ante mis ojos clamaba una suerte de novenas, como alabando la gracia de tan suprema faena! Y la sangre de mis venas en vino fue transformada, y como pan en la cena su inquietud fue emancipada».

¡Ella amaba la pureza de mi voz ilusionada, yo esa forma de belleza de no parecerse a nada! Un erótico incidente hizo sonar las espadas, que al paraíso inminente como custodios flanqueaban.

«Oníricos misticismos y un novedoso hermetismo, que se creaba a sí mismo y a su vez la fecundaba».

Hubo una luna creciente y entre líricas baladas, de mis versos oferentes ella quedaba preñada.

«¡Así se abrieron las fuentes de la palabra, inspirada con pesadillas vertientes y una vigilia calmada! En ciclos evanescentes de fragantes madrugadas, como la musa en mi mente entre rosas coronada».

Para mi sorpresa, aquello que había escrito a mano alzada, en páginas sueltas y con notas marginales, aquella poesía delirante y sentida que surgió de mi imaginario viaje espiritual, también estaba escrito en los apuntes antiguos y desgastados, del ancestral libro de Actra, una literatura que a mi criterio, recién había comenzado a leer.

Pasados seis días de mi estadía en la mansión, fui convocado por Leimanian para participar en una segunda sesión. Los gemelos dejaron en mi habitación todo el vestuario de rigor para poder acceder, incluida la máscara blanca y el absurdo gorro cilíndrico. Era de esperarse, basado en el misticismo propio del maestro, que los atuendos fueran túnicas blancas. Yo había soñado con el blanco en la forma de una cama de azucenas, donde la bella anfitriona de mis sueños líricos se entregaba a mí en un acto supra sexual e inveterado, en el que mi propia conciencia engendraba la primera luz de su materia, e iniciaba el viaje desde las sílabas básicas de la creación, hasta la creación misma... Como si desde otro mundo habitado por personas sin materia, sin cuerpos físicos, una de ellas (la bella dama que me sedujo en la delirante cama de azucenas), de alguna manera intentase penetrar mis pensamientos, mis sueños y mis sentimientos, para preñarse de materia, de un poco de mi materia, y así darle forma a su masa etérea. Utilizarme como vínculo entre los niveles de la existencia, y lograr venir al mundo cruzando un túnel paradójico que a través del espacio conectase, la ausencia con la presencia de la misma esencia... Estuve obsesionado los días sucesivos a mi pla-

centero encuentro con la misteriosa mujer, que soñaba sin querer, que deseaba sin poder, y que amaba sin deber... Los cuadros del pasillo continuaban cambiando... del hombre del piano a la mujer sobre las azucenas; las imágenes profundizaron su nivel de sensaciones para conmigo, ya podía oler el aroma de las azucenas, sentir la densidad de la mujer cuando miraba las pinturas, confieso que tenía mucho temor por la imposible situación, pero a su vez me seducía. Crucé la puerta del saloncito y entré por segunda vez a la profundidad del gran salón, donde apenas iniciaba la sesión. Sonaba el cuarteto de cuerdas interpretando melodías también compuestas por Leimannian; los presentes en semicírculo parecían muy ansiosos por la aparición del maestro... Las luces se apagaban degradando la agonía, las sombras se apoderaban del escenario principal y en la densidad de la penumbra, se divisaba el hombre frente al piano, que ya rozaba las teclas iluminadas con el color violáceo de su mirada brillante. Se detuvo el cuarteto con una intensa melodía que sirvió de apertura para el maestro, sonó el silencio como un eco de los instintos primarios, y luego inició Leimannian con la melodía primera.

Aquel plácido sonido absorbía la incertidumbre del salón, y devolvía en la misma proporción una

sensación general de calma y seguridad; comenzaba a iluminarse la sección craneal de la cabeza de piedra que lo custodiaba, ahora con más intensidad, excesiva a decir verdad... Cegaba los ojos de los presentes y recorría mis entrañas como si fuese un conjunto de haces exploratorios. Habló el maestro mientras se iluminaba mi plexo solar, y anunció su maravilloso vals, pronunció varias palabras en su lenguaje salvaje, y los ojos de la cabeza se tornaron color violeta como los suyos; a mi alrededor todos giraban al ritmo, poseídos por los tres tiempos del vals.

Se cerró el abismo entre la obra y la voluntad, cada quién podría tener lo que habiendo perdido pretendía recuperar; la visión, el movimiento, el habla, la vida del ser amado o el renacer de alguna gloria del pasado... Todo parecía posible para los bailarines, mientras el piano estuviese a la orden de Leimanian, incluso el tiempo perdía su autonomía y duraba lo que el vals, y el vals en los caminos de la mente transcurría de maneras diferentes... Comenzaba a fracturarse el salón y las ventanas revelaban cómo todo el ambiente se elevaba, se abrió el puente de los caminos colectivos de la mente, bailaban los recién sanados por los inmensos balcones de una torre muy alta, toda bordeada de escaleras y de

apariencia infinita en su dirección axial; aquella construcción era el escenario abstracto para proceder con la nueva y masiva sanación. Al parecer, Leimanian nos había llevado hasta la «Torre de Babel», y a mí me pareció fascinante y sorprendente, la influencia psicológica de un vals en una masa de gente... quizás nunca lograría comprender aquella clase de poder.

Mientras todos bailaban, yo recordaba los capítulos del «Círculo de Actra», en ellos recién había leído la metáfora de un túnel en cuyo interior, pueden cruzarse los mundos superiores con la materia inferior, donde mediante las frecuencias del sonido, se creaba una forma de lenguaje que lograba superar las intangibles barreras... Así relacioné, que el escenario babilónico donde nos encontrábamos en alucinación colectiva, esa torre que se elevaba hasta el cielo y podía congrega diversas criaturas de la existencia, era la fachada de un túnel que de alguna manera conectaba galaxias, una torre infinita cuyo mito principal era que se cimentaba en el comienzo de todo, pero no tenía final.

Los que salieron del gran salón bailaban con otros desconocidos, y era una gran cantidad, otros que de alguna manera también llegaron allí. Yo sabía que la torre guardaba un secreto en su interior, los ojos de Leimanian se reflejaban en las cabezas que

sostenían la inexplicable presencia de los recién llegados, quienes quizás procedían de lugares muy distantes tras escuchar algún otro milagroso vals como el de Leimanian, o tal vez eran ellos los que habitaban allí, y las cabezas nos sostenían a nosotros en aquel encuentro fantasmal... Mientras el resto bailaba, veía, reía, y a través del tiempo volaban, yo me asomaba por los barandales y divisaba el vacío, ¡era la primera vez que contemplaba el vacío! Parecía que me absorbía para llenarse de mí, su atracción era tan sutil y delicada que por poco accedí, alguien me tropezó por imprecisión de aquel baile demencial, y me hizo forzosamente girar, así que pude ver hacia adentro de la torre. La puerta se me insinuaba como la dama de las azucenas, pero esta tentación era mayor y más dudosa, pues no era el placer ni la virtud lo que me atraía, sino aquello que escondía.

Quise arrojarme en el túnel que entrelazaba galaxias, según el libro de Actra... Estaba dispuesto a descomponerme en partículas elementales, y que cada una fuese una semilla capaz de prosperar en otros mundos, creí por instantes en las rebuscadas teorías que Actra describía acerca de la paridad espiritual, pero para mi sorpresa, detrás de aquella puerta interestelar estaban los mismos pasillos de la mansión, y en las paredes colgaban las mismas

pinturas de Leimanian, en perfecta alineación... Afuera, se multiplicaban las personas como si esta sesión fuese de mayor alcance, se cruzaban en razón de decenas o centenas en los balcones y escalinatas de la torre, como si cada cual supiese su rumbo, todos gritaban de júbilo como una tribu celebrando las bendiciones de sus astros, yo seguía pisándome los pasos sobre las baldosas de mármol, y los dibujos de Leimanian se multiplicaban en las paredes de una manera exponencial. Sonaba el piano en decrescendo, como anunciando que finalizaría el vals, llegué de nuevo al saloncito de mi reposo, contenido también en la torre, y me senté en la total placidez del venerable sofá, leí mi propia poesía mientras se escribía en las páginas del desgastado libro que sostenía:

«Soñé con el infinito y su octava lemniscata, y una estructura muy alta bordeada en escalinatas... ¡Ella, una Torre entre nubes rasgando el cielo en su ascenso!, yo, un confundido escribano ahogado en versos inmensos, ella gritaba en cien lenguas con diferentes acentos, y yo escuchaba un murmullo de heterogéneos fragmentos. ¡Era tan vasta su altura que acababa en el sustento, se erguía en alzada continua y llegaba a su comienzo!». Su magnífica estatura era como un nudo inmenso, que entrecruzó mis palabras como suturas del

tiempo, y me arrojó la arrogancia hacia un vórtice del viento, con centrífugas de orgullo y primarios pensamientos. A la par que yo escalaba sus escalones por cientos, así sentía la discordia con mis propios elementos...

«Mi universo se encogía como un cosmos en concierto, y mi materia baldía se asentaba en una esfera, de un raro color argento... ¡Y mi candor componía la luz en el firmamento, y así cada noche y día, cíclicos se convertían en arenas de un desierto! Allí quedaba mi alma atrapada en su argumento, según yo más ascendía, mi cuerpo se estremecía, pálido, lejano y yerto».

Me deleitaba caminar por los jardines extensos entre árboles frondosos, recorrer la secuencia de redomas que generaban un bonito circuito de circulación peatonal y vehicular, el juego intermitente de sombras y de colores condicionaba el paseo, y desde tal quietud sensorial apreciaba la construcción que destacaba por su altura, con una arquitectura de volúmenes masivos pero esmerada simplicidad. Quizás había sido un templo de alguna orden apegada a principios afines al ascetismo y la austeridad, pues su atmósfera era óptima para el retiro del mundo y la búsqueda espiritual, incluso había ciertos derribos que parecían intencionales, ambientes con alturas múltiples que te hacían

sentir minúsculo, largos pasillos monótonos y laberínticos, y salones con accesos discrecionales. A mi juicio, el conjunto creaba un interesante contraste entre el riguroso descuido que presentaba la estructura, y su ensalzada decoración, algo que despertaba en mí un placer inesperado por el arte de la contemplación.

Al menos un vehículo visitaba a diario la mansión que me albergaba, usualmente era una visita previa de algún aspirante a ser admitido para «sanar» en las sesiones. Veía los interesados bajarse de lujosos autos utilizando sillas de ruedas, cordones de asistentes médicos y escoltas armados. Debo aclarar que había protocolos muy estrictos para acceder al Gran Salón. La ceremonia de iniciación era personal, pues estaba sujeta al requerimiento de cada cual, todas se llevaban a cabo en un jardín interno destechado con la figura de un heptágono estrellado, una «estrella de siete puntas», de seguro una imagen alegórica a la teoría del libro de Actra, que ya por cierto había capturado mi atención. En el centro del patio había un plano más elevado donde se encontraba una pequeña fuente circular, que siempre estaba llena de unas raras aguas blancuecinas, y de ella surgía un sistema de riego basado en angostos canales, que repartían su caudal de manera exacta y proporcional, a las exóticas

plantas ornamentales que se destacaban en el perímetro. A la fuente se accedía por siete angostas escaleras radiales al centro, que permitían subir y bajar de manera independiente por cada cual. Allí llevaban a los notables una vez que eran admitidos para ser «purificados», tres horas antes de la participación en una sesión. El común de todos los rituales de iniciación era la exposición del individuo a ser intervenido, ante una humareda violácea que surgía de los cuatro puntos cardinales de la pequeña fuente, la cual deduje era preparada con extractos de las orquídeas que adornaban los alrededores, y posterior a la absorción del humo violeta, se realizaba una inmersión de cuerpo entero en las aguas blanquecinas, que manaban desde las profundidades de la tierra, hasta la superficie a través de la modesta fuente.

No recuerdo los detalles de mi llegada a la mansión, sé que también estuve expuesto a la humareda y al agua de la fuente láctea, pero estimo que el resto de mi protocolo debió ser distinto, basado en el objeto de mi invitación. Recuerdo también una breve sensación de paz que parecía sujeta al sufrimiento, y recuerdo que al momento de la inmersión imaginaba un camino de rosas con pasamanos de espinas y una escalera hacia el cielo sobre unas almas en ruinas. Sentí en medio de

la humareda, cómo el aire que respiraba estaba mezclado con el espectro del dolor, a cada paso que di, con cada escalón que subí, sentí que aquella fuente podría otorgarme cualquier cosa que le pidiese, pero a la par absorbería algo de mí.

Al principio creí que Leimanian era un gran ilusionista, un hipnotizador de masas capaz de crear sorprendentes fantasías colectivas, ¡pero no!, el maestro era más que eso... Lo que ofrecía Leimanian en cada sesión era realmente espeluznante, se trataba de un manejo espiritual llamado «Paridad», que sucedía reorganizando las formas en el «Círculo de Actra», para cada persona, redefiniendo la realidad... Creí que aquellos que buscaban a Leimanian sólo querían experimentar la «ilusión» de vivir sus vidas de una manera mejor, en una «fantasía» alternativa a la realidad que vivieron antes, extrapolando un presente con vivencias diferentes, sin los errores, las transgresiones ni el resto de las negativas vertientes. Pero sucede, que a los aspirantes que habían sido aceptados, Leimanian literalmente los «extraía de su pasado»

Los participantes de las sesiones tenían perfiles comunes y similares razones, querían remediar, recomponerse, redimirse u olvidar... La mayoría de sus discapacidades físicas o emocionales provenían de sus propias atrocidades carnales, algunos

se juzgaban víctimas del destino, otros reconocían haber errado el camino, pero todos convergían en querer disfrutar del mismo viaje sin retorno por un abismo espiritual... Lo que hacía Leimanian era incomprensible, insospechado y seguramente malvado; de alguna manera borraba ciertas personas de los hechos acaecidos en el pasado, en sus propios pasados... La aventura onírica y sobrenatural que recreaba con su vals no era una mera ilusión, manipulaba los hilos que conectaban a las personas creando abismos en el transcurrir del tiempo y en los confines de la razón. Leimanian jugaba con ciertas líneas de poder, según las cuales, las personas renunciaban a un inexorable derecho y deber, al haber vivido los peores momentos de su propio ayer... ¡Era una suerte de suicidio retroactivo!, las personas pedían dejar de existir, antes del momento en el cual decidían morir.

Los individuos que habían sido aceptados, quedaban tras la sesión, borrados desde ciertos momentos de sus pasados, y el transcurrir de la vida simplemente reaccionaba, se adaptaba a la desaparición y creaba una nueva retrospectiva de acuerdo a la situación. Cada capítulo de la vida, que dentro del Gran Salón era revivido o recreado, se borraría de la consciencia colectiva una vez que había sido proyectado. No habrían sucedido

para nadie los hechos a los cuales el participante renunciaba, la vida entera cambiaba reconduciendo aquel bien o aquel mal, desde el preciso momento que los absorbía el vals... De manera que aquellas circunstancias en las cuales los participantes sanaban de sus afecciones, los emotivos encuentros con hombres y mujeres fallecidos y resurrectos en momentos de perdón y redenciones, las noches que se extendían en los recodos de la mente, hasta recorrer la misma distancia que cuando ocurrieron en su tiempo y conformaron el presente. Cada escenario espectral que con el trance del vals el maestro a plenitud brindaba, era una realidad supra espiritual, que al terminar, la propia vida del soñador cobraba.

¡Al acabar la sesión no había sobrevivientes!, los cuerpos se sublimaban en una humareda violeta sobre el piso del salón, sobre la blancura de las telas ahora inertes por la extinción de los cuerpos, y se pintaban con una serie expresiva de manchas, como si cada cual en pleno lecho de muerte fuese su propio relator, y contase las circunstancias de su deceso a la manera de un pintor, dejando una obra de arte trazada con los matices de un pasado por sí mismo sentenciado a ser olvidado, y un presente inmaculado que nunca jamás sucedió. ¡Siete formas en el suelo por cada alma que levantaba su

vuelo!, siete vidas atrapadas en la potencia de una
suprema redención, ensamblando en los acordes
del vals, la melodía de su réquiem cual himno de
salvación...

¡Al final de la sesión comenzaron a caer las túnicas inertes sobre la superficie del suelo! Las máscaras se precipitaban una tras otra al esfumarse los rostros, la rigidez de los sombreros cilíndricos golpeaba el piso del salón y aplastaba los vestidos, que solo cubrían la ausencia de los hombres y las mujeres que recién bailaban antes. Los cuerpos simplemente se extinguían sublimados en gases de color violeta, como los del rito de la iniciación. La malva densidad manchaba el piso por efecto de una pastosa humedad, que se escurría por la silueta del vacío, y dejaba una mística secuencia de formas sobre el plano de las telas, alrededor del círculo que demarcaba el perímetro del cilindro... ¡Siete formas por cada muerto!, siete manchas unidas por un círculo perfecto debajo de cada entidad, de cada persona que simplemente se desvaneció con el tiempo, tras revivir en un trance de exquisita sensibilidad, cierta fracción del pasado que ya nunca más sería parte de la realidad.

Al final de la sesión habían muerto frente a mí una docena de personas, y aparte de impresión, ninguna cosa sentí. Repasé los argumentos humanos que supongo alberga el alma y están en el corazón, me cubrí con la neblina de la duda acerca de las circunstancias y la propia extravagancia de la rara si-

tuación. Reconponiendo los hechos, acababan de fallecer una serie de personas en el pasado; un grupo de gente que nominalmente no existía para el preciso momento en el que moría... Me preguntaba si aquello era parte de la misma fantasía. «¿Acaso una liturgia crepuscular al cierre de la sesión? ¿Qué clase de lugar es este?», recordaba los pasajes en las páginas de Actra, las formas de polvo que dibujó Leimanian sobre la mesa, la «paridad espiritual»... «¿Estaba en plena escena de un crimen? ¿Qué significaban las cabezas? ¿Acaso una criatura mayor nos observaba, o se trataba de un ser de otro planeta?, ¿Era una representación sagrada de alguna entidad poderosa o endiosada?».

Recorriendo lentamente pasillos en laberinto, deduje la secuencia de los cuadros en las paredes, de aquellos innumerables lienzos que me contaban historias acerca de la existencia, y contenían a la mujer entre azucenas con la que aún soñaba... y el túnel paradójico de los tiempos escondido en una torre a la que aún visitaba. La interminable secuencia de pinturas firmadas por Leimanian, esos juegos de manchas sobre los lienzos, similares a las formas que había dibujado con polvo sobre la mesa utilizando sus dedos. ¡Las pinturas abstractas eran una suerte de depósito espiritual!, una celda unipersonal que contenía la voluntad de su

pintor, para corregir las consecuencias de haber obrado del lado del mal.

¡Allí quedaba presa en siete fracciones, el alma de los redimidos a lo largo de las sesiones!, en el transcurso de un tiempo que pasó y sin embargo jamás sucedió, entre séptimos de recuerdos no vividos, de una realidad que fue presa voluntaria de aquellos templos del olvido. Allí irían a parar los hombres y las mujeres en la ausencia de sus presentes, y con pasados contenidos en residuos del subconsciente, en esas celdas de pintura y lienzo, la razón se batía en duelo con la materia de su pasión, como midiendo qué tiene más peso, si la obra o el arrepentimiento del pecador confeso.

La colección de «extraídos» por la práctica de Leimanian sería alarmante, si todo aquello fuese cierto, si cada pintura correspondiese a una persona que contenía. Ahora que caminaba los pasillos poseído por esa persistente hipótesis en mi mente, sentía que cada uno estaba vivo, que cada pintura mostraba abiertamente sus historias, y todas a mi criterio convergían en que sus relatores parecían arrepentidos. Una luz en el interior suplicaba con sus matices por escapar de tan extraño encierro, cada uno apresado por sus propias circunstancias, sosteniendo en las líneas del dibujo la construc-

ción que definía el espacio de su reclusión. Las manchas comenzaron entonces a perturbar de nuevo la calma de mis noches, y se convertían a los efectos de mis sueños, en formas femeninas que narraban sus historias, para que yo hiciera de sus relatos poesías, a la par que en las páginas del círculo de Actra, en viejos folios y desconocidas tintas se escribían.

Una de las pinturas se me insinuaba constantemente, en las abstracciones del sueño era una bella mujer y era una tierra sagrada, una extraña alusión de dimensiones sensuales y quizás paranormales, mi subconsciente reaccionaba a través de las palabras con una forma de idilio, yo escuchaba la poesía en una voz inconsciente, y la escribí en la pared, en un costado de mi habitación, donde quedó plasmada esta secuencia de versos:

«¡Ella era tierra sagrada y yo era un sismo!, mi poder la fracturaba, y ella entonces se tragaba mi singular bifrontismo... Por sus grietas penetraba un profundo escepticismo y una semilla de duda, divergente y testaruda germinaba entre su abismo. Ralentizada brotaba en flores de sincretismo, sus corolas se agitaban simulando que bailaban al ritmo de aquel seísmo... ¡Era mi bien y mi mal en el plano existencial!, en el núcleo de mi juicio y el sustento de su auspicio... Más allá de la sordidez

o el altruismo; de la letra espiritual y su episodio final sujeto al maniqueísmo».

Las formas de Leimanian, más que cárceles parecían templos, y era justo lo que me mostraban las pinturas en las paredes después de aquella sesión; templos donde la esencia de las personas se retiraba del mundo, del tiempo, del juicio y de su salvación... Templos que incubaban una revolución potenciada por hombres y mujeres que optaron por ser criaturas de mayor altura espiritual, por escalear eslabones en el círculo de Actra, que supone siete escenarios espirituales unificados en las profundidades del hombre, en su constitución real como ser del universo más allá de la dicotomía entre la materia y la energía, entre los extremos de la moral y cualquier ley racional; una insurrección de seres que basados en ese conocimiento aspiraron a trascender de su propio ayer, renunciando a la luz del mundo y abrazando la oscuridad de los claustros más profundos... Que creyeron ser más fuertes y poder soportar la inercia de los vacíos y la quietud al volar, estas personas que tras el vals de Leimanian sufrieron una conversión espiritual y quedaron atrapadas en la dimensión desconocida de la ausencia del pasado, ¡gritaban por alimento desde sus paredes de lienzo como devoradores de fe! Las formas de Leimanian, al igual que su vals,

me convocaban a escribir lo que mi mente creía oír, en otra pared de mi habitación quedó plasmada la letra sin melodía de otra posible poseía:

«Y soñé con viejos mitos y calabozos de piedra, con un bípedo cornudo que a la introspección arredra... Ella era feroz criatura que devoraba en los hombres su anhelo de ser enormes, las máximas inquietudes y la razón de la duda... Yo un amante apasionado de la letra y del saber, mi libido desbocado de causa y significado, así como mi obsesión por los misterios sagrados, me condujo a la batalla... Con las ideas por metralla quise enfrentarme a sus fauces y levité sin desaire, por laberintos inmensos cimentados en el aire... Crucé por esos portales que va diluyendo el tiempo, en el esquema volátil de la fe de los mortales. Así en mis sueños logré hilvanar una salida, y luego me enfrenté a su violenta embestida».

En mi sueño la vencí, volé más allá del cielo con un afán de primicias que condicionaba el vuelo, me elevé muy por encima de lo que un hombre normal reconoce como cima; por los caminos prohibidos para quienes hemos sido en la carne concebidos. Así como no se debe poder volar en la vida, y volver con esa fuerza de la conciencia conversa, por una saciedad tan densa que puede ser indebida.

Mi habitación lucía murales de versos escritos a puño y letra, trazados con la punta de mis dedos, como cálamos humedecidos en aquella peculiar tinta violeta, versos que diestramente componía mientras sonaba la melodía de Leimanian en los recodos de mi mente... ¡Lo escuchaba pronunciando el silencio en su confusa dicción con inflexiones pacientes! Me iba dictando los versos con su voz fuerte y macabra, yo los copiaba despacio y me insuflaba visiones que recreaba en palabras cargadas de sensaciones; sin duda estaba teniendo episodios psicóticos, donde otras voces cantaban mis poemas, basados en misticismos envueltos en los dilemas convencionales del romanticismo, y la seducción entre los seres carnales. A estas alturas, ya no sabía el formato del ensayo que se supone escribiría, no discriminaba si era una colección de místicas poesías, un libro de pormenores supra carnales, una historia de crímenes surreales o una ficción interestelar con visitantes extraterrestres... Crecía mi confusión, me atormentaban las dudas, incluso sentí comprometida mi relación entre la libertad y la locura.

Cuando volví de aquel delirio lingüístico y un poco colorista, las paredes de mi habitación quedaron tapizadas con versos y prosas, que sometieron durante días a mi buen juicio... Empujé la puerta con las manos amoratadas por el uso de las tintas, la bisagra se oponía protestando con crujidos la intención del abandono, como si la habitación quisiera ser refugio de mis versos, pero no pudo contener mis ansias de volver a los pasillos... ¡Los gigantes se habían marchado de la mansión así como el barbudo que escoltaba al maestro!. Quizás ahora eran almas atrapadas, en unos cuadros más grandes que visualicé recientemente en otro pequeño salón. La «corte» de Leimanian estaba reestructurada, conformada por un ejército de mujeres, de diversas edades, de variados aspectos. ¡Montones de mujeres que recorrían la mansión y cantaban muy afinadas siempre la misma canción! Eran tantas, que se amontonaban en los pasillos, y creaban un novedoso ruido de fondo con sus cantos, con sus alocadas risas, y la agitada respiración producto de la prisa... Afuera también se oían, recorriendo los jardines y haciendo labores afines al ambiente en el que estaban, jamás había visto tantas damas juntas en movimiento, se cruzaban en direcciones opuestas y cargaban todo tipo de cosas entre los brazos.

Algunas eran jóvenes y bonitas, otras de mediana edad igualmente conservadas, y otras de mayor edad y contextura delicada... Yo casi no podía caminar dentro del cauce humano, los salones estaban inundados con mareas de luz solar, las puertas abiertas y las cortinas ya no protegían la intimidad de las ventanas, la casa lúgubre y misteriosa que me albergaba, ahora lucía solariega, iluminada y adornada con ramos de orquídeas, azucenas blancas y las más rojas cayenas.

Una de las damas me saludó con gestos plurales, de la cordialidad a la complicidad, con la gracia de sus movimientos y sus ademanes formales. Reconocí esa mirada entre la vorágine, ya había soñado constantemente con ella, de alguna manera habría superado su cárcel y escapó de las imágenes y las formas. ¡Ella!, la dama misteriosa que superaba en aroma y en belleza la perfección de las rosas, era la musa coronada en azucenas y con el aura teñida en el rojo saturado que inventaron las cayenas... ¡Y con cayenas venía entre las otras de blanco, como una línea se sangre entre un millar de azucenas!, Caminaba despacio, y yo, lo mismo hacia ella, hasta que estuvimos frente a frente. De pronto en un batallón las mujeres cambiaron de dirección inesperadamente, atravesaron la puerta y entraron al Gran Salón. Nos arrastraron inertes

en la estrechez de los pasillos, fuimos arrojados al centro donde rompieron las filas, estaba de nuevo en el Gran Salón, y para mayor impresión allí estaba el maestro sentado frente al piano. Sonaban las primeras melodías interpretadas por el cuarteto, cuando las damas comenzaron a cantar un himno ritual, la cabeza detrás de Leimanian —ahora con un claro rostro de mujer—, se encendía en su región craneal, con un tono rojizo similar al del aura de mi musa, la cual había perdido de vista en la alocada conmoción... ¡Comenzaba una sesión y yo apenas digería lo que estaba sucediendo! Las damas se fueron alineando en anillos alrededor de mí, el piano de Leimanian nos envolvía con su vals, las mujeres ahora susurraban ciertas notas como unas siervas devotas a los ritos del salón. La cabeza iluminada comenzaba a transformarse, cada instante más cercano a la imposible belleza de la musa entre azucenas, que me esperaba serena justo en medio del salón. La cabeza sutilmente me escrutaba, cuanto más se iluminaba más le devolvía terror, comenzó a cantar mis versos y sus labios parecían tan delicados y tersos que quebraron mi tensión, la cabeza escogió mi balada sobre una «tierra sagrada», y yo sentí ser el sismo que fracturaba sus capas hasta el sólido interior. En el medio del salón mi musa aún me aguardaba,

alrededor se esfumaba la fuerza de las miradas y Leimanian en el piano sonreía con esplendor. Había una mesa en el centro y una botella de vino, la iluminaba una vela y mi musa colocaba en el jarrón las cayenas, y así seguía la faena en la voz de mi interior... Parecía que la cabeza me leía, y a cada verso que pronunciaba, el ambiente se cambiaba para obedecer su voz:

«Los convocaba el amor con una flor y una vela, con algún roce ladino, y un dulce aroma de vino, en sediciosas estelas».

Yo reconocí ese «duelo», eran mis versos lo que narraba y el Salón me lo brindaba:

«Al templo de la pasión, esculpido sobre el morbo, que iban bebiendo por sorbos, de su propia pretensión».

Mi musa y yo nos miramos como decían las palabras, y el piano con pausas largas, auspiciaba inspiración:

«Él le servía la Mistela, vertida en límpida copa, donde posaba su boca, y ese carmín que alborota, como al caballo la espuela».

Estaba vestida de un rojo que podría iluminar galaxias, dimos un par de pasos, y ella rompió la distancia cuando sonaba un bemol; la voz de la cabeza de piedra, femenina y dulce, seguía narrando el poema:

«Y después de caminar, bailaron el mismo vals... hicieron del infinito un declive vertical».

Las damas que a nuestro alrededor se formaron en anillos, ahora mostraban sus velas ofreciéndonos fulgor, mi musa y yo girábamos abrazados como si fuese sagrado bailar en el Gran Salón, la cabeza pronunciaba mis sílabas escogidas, y con magia daba vida a la rara situación:

«Iluminaban las velas, un decúbito dorsal, y al ritmo de su emoción, una súbita torsión, que revivió la ignición, de la inquietante candela».

Las muchas velas rugían y ella bailaba precisa, como si la misma brisa se adecuase a su pasión:

«El propuso los pañuelos, para tentar a la piel, como al opresor el poder y a las aves el señuelo... ¡Ella se vistió de cielo y deslumbrando avizores, levantó vientos menores, danzando los siete velos!».

¡Se fue despojando capa por capa de tantas culpas, volaban libres los juicios, la suma de los rencores, el miedo en plena raíz, el deseo y su matiz, y otros principios ficticios! Sentí que todo era un juego y recordé la sesión en la Torre de Babel, en la pérdida enseñada, pero seguía la función según la voz me leía:

«Jugaban el juego aquel, donde oculta a plena vista, era corpórea modelo en las manos de un artis-

ta, que tras el último velo, alcanzaba a descubrir, el límite vertical entre la tierra y el cielo».

Subía el tono de los versos, y las mujeres desnudas, cantaban la letanía y el ambiente se encendía, con las notas más agudas:

«El sello de blancas telas, sin un trazo impresionista, demostraba la falacia de su virginal desvelo, ¡y se quebraba el silencio!, con un ruido de placer que no querían esconder... ¡Ella gritaba unos versos, con labios mustios y tersos!, decía sílabas nocturnas, que hacían sentir taciturna, la transgresión del Edén... Él los pronunció también, una mística poesía, que su lengua en rebeldía, los labios correspondía, cual manzana los mordía, para conocer la vía, de la concepción del bien».

En el salón desafiaba al vals aquel grito de pasión, se había fracturado el techo y se asomaba la noche por el ímpetu del hecho:

«La noche, sonrojada en la faena, parecía que se escondía de una enorme luna llena... ¡La noche!, que ya sabía sus alcances, como evitando incitar al pecado y al romance, renunciaba de antemano a la culpa del humano, y se lavaba las manos con su negra dimensión... ¡No alojaría tal belleza, sería una rara excepción! No mostraría la grandeza, de tan pura y persuasiva, insinuación a la pasión».

Ahora reinaba la luna en un fondo de galaxias,

ya mi musa no vestía la gloria en su tono rojo, se comportaba a su antojo, la tenue iluminación:

«¡Pero la oscuridad no alcanzó para cegar a una estrella! Que admirando el erotismo colaboró con cinismo, y fue la luna un atisbo del aullido y su secuela, ¡como si fueran dos lobos, se acecharon los amantes! La cama se hizo en instantes una estepa veraniega, y ellos criaturas feroces, con la dignidad del goce, uno alfa y otro omega».

La sensualidad del aposento rebotó sus propios posibles, el vals elevaba las pasiones hasta lejanas regiones, más allá de los excesos, seguía Leimanian en el piano y la cabeza cantaba el clímax de mi poesía:

«¡La luna se iluminaba en la penumbra ya exigua!, y con una luz antigua dibujó sombras recientes, de la inercia de sus cuerpos en un rigor imprudente, estrenándose un reflejo con claroscuros complejos, hechos del deseo más viejo y la pasión más potente, como el recuerdo prohibido que se permuta insolente o el renacer del olvido en un sueño del presente».

La luz nos sugería que la sesión acababa, que la realidad vendría y sin falla nos cobraba:

«¡Aquella extraña pureza, se fue derramando en haces, sobre los yertos amantes! Y sirvió como una unción para el pacto con los astros, por la ansiada conjunción».

Sólo uno volvería de manera natural hasta el mundo de los vivos, sólo uno sería de nuevo de piel, el otro tenía que volver a su templo singular... Habló el maestro de un vencedor y de un duelo: «¡Cuerpo a cuerpo se batieron a duelo, como una justa de honor! Sonaba el ruido de sables que seccionaban distancia, y volvieron al contacto para evitar el dolor».

De principio a fin el placer cobraría la magia de su poder, dijo Leimanian:

«Él la estrechó contra el muro que divide la decencia de los deseos más oscuros. ¡Aquella danza informal tomó la forma de un vals!, y ataviados con la piel se paseaban elegantes con movimientos flamantes que ni el cielo comprendía... La eternidad seducía, al parecer de mortales, y en vagos trazos formales, la noche se hizo tan larga, que fue cien veces un día».

¡Ella clavó una daga en mi pecho sin vacilar un instante!, la sangre rodaba sobre la blancura del traje, y competían los colores de mis heridas abiertas con sus inflados vapores, la cabeza de piedra leyó los versos finales de mi poético duelo:

«¡En ese duelo de amor, la derrota se creía superior a la victoria, como el presente a la historia y la ceniza al ardor! Se figuraba invencible, se pavoneaba atractiva y además imprescindible, deseada

en todo sentido, en su juego retorcido, cuyo tributo mayor lo ganaba el perdedor».

Ella se iba esfumando detrás de cada palabra que aquella voz pronunciaba, ninguna prenda quedaba para estrellarse en el piso, su celda sería la misma, quizás había logrado engañar al sistema y hacerse pasar por una persona cualquiera, yo sabía que su prisión era un templo con la forma de una esfera... Volví a mi habitación, el espejo principal fue la víctima de hipergrafía en esta ocasión, lucía en letras de carmín aquel: «Duelo», la puerta se abrió fácilmente, salí al corredor y estaba la misma gente silenciosa y fría, los gigantes apostados en el frente de la casa y en los costados, el maestro por el barbudo escoltado, y yo en medio del pasillo cual criminal sentenciado.

Por obra de la casualidad llegué al despacho de Leimanian, una experiencia alucinante como todo lo relacionado con el maestro. Era muy amplio y estaba decorado con elementos salvajes —literalmente—, ya sabía que Leimanian era un coleccionista de rarezas, había perfeccionado su don en los sitios más extraños e inhóspitos de la Tierra. Sentía profunda admiración por la sabiduría de las culturas tribales, y sus evoluciones e involuciones a lo largo del tiempo, por sus filosofías llenas de simbolismo y adoración por las fuerzas naturales, y el acertado uso de las propiedades de las plantas medicinales. El maestro era un músico virtuoso, y allí lucía un volumen de partituras a puño y letra de sus múltiples composiciones, había instrumentos musicales que no sabría siquiera describir. Una de las paredes estaba recubierta con tablas labradas en las cuales había leyendas ocultas en alfabetos indescifrables. La literatura era igualmente exótica, con colecciones poéticas y montañas de discos de acetato; sobre el escritorio gobernaba una placa con su nombre, y al lado, cerca de la ventana, un par de mullidas butacas iguales a las de mi mágico saloncito. Colgaban de las paredes las mismas pinturas de los pasillos, éstas no firmadas por él, siete pinturas para ser exacto, con

las mismas manchas o «Formas» como él solía llamarlas. En el fondo, detrás de la silla principal, colgaba una pintura mucho más grande, un meticuloso dibujo del «Círculo de Actra», el cual era un esquema parecido al «Uróboro» de los antiguos místicos, pero con las siete manchas esféricas, repartidas uniformemente en el recorrido entre la cabeza y la cola del mismo dragón, que en círculo la engullía. Tenía una hilera de frascos llenos de tinta violeta, agua láctea de la fuente en tres raros recipientes, una serpiente viva, enredada en una rupestre lanza indígena de un par de metros de altura, algunas estructuras óseas ensambladas en esqueletos completos con calaveras asimétricas, y muy en especial una réplica de la «cabeza pétrea» tallada a escala de la real, más o menos a un tercio de la proporción de la que estaba en el Gran Salón, la cual usaba como una simple lámpara y se alimentaba de la energía eléctrica convencional que sustraía de las paredes.

Sobre otras mesas de trabajo diseminadas por el despacho, estaban organizados una gran cantidad de objetos, todos identificados con siglas, nombres o algunas referencias acerca de su origen o utilidad. Había insectos y otras minúsculas criaturas vivas dentro de una bola de cristal, un «espejo de inercia», que reflejó en los cristales de mi men-

te una imagen vacía de mi presente, como si yo hubiese sido suspendido del juego de la vida temporalmente, quizás era la terapia que me aplicaba Leimanian sin yo saberlo, extraerme de la vida común y corriente para habitar en los extraños laberintos que suponían su mente, pues la cara que la inercia me mostró no fue mi rostro sino el suyo, el espejo me reflejó con sus ojos color violeta y el resto de su mística apariencia, quizás yo era la causa y él mi consecuencia.

Me cautivó un antiguo boceto que retrataba la diosa «Azcrá», una deidad primitiva de algunas tribus australes, que según las referencias se alimentaba del deseo y la pasión de los mortales; también me interesó una caja de cristal llena de cierta tierra granular que se movía constantemente, se expandía y se contraía dentro del recipiente. Su movimiento era una especie de brújula moral que detectaba en las personas la rotación entre los polos de su consciencia, y se fracturaba de acuerdo a tales frecuencias. Otro elemento interesante era un ángel de alas abiertas hecho de alabastro oscuro, que daba olor al ambiente con un aroma perenne y delicioso a nardo puro; en sus alas tenía incrustaciones de metal y se mantenía flotando en el aire por un efecto de magnetismo instrumental. El más extraño de los objetos era un peque-

ño sarcófago hecho con algas marinas y láminas de papiro, estaba sellado y con un cuerpo obviamente andrógino sobre la tapa tallado, un poco más grande que mi mano pero pese a su composición era extremadamente pesado. Se supone que dentro yacía «el cadáver de la ausencia del amor», una suerte de maleficio que debía seguir dormido para siempre en la pequeña prisión, y alejado de las personas para evitar la posibilidad de su reencarnación.

Para sus investigaciones en el área de la «Cimática», Leimanian utilizaba un rudimentario diapasón con el cual estudiaba las formas del sonido. El proceso lo iniciaba tocando un vals resonante o una ligera balada, y en el diapasón colocaba aquella tierra granular que llamaba «Tierra Sagrada»; sus partículas bailaban libremente sobre la superficie, mostrando el lenguaje de su acción sobre la materia. Aquella música incitaba un seísmo molecular que revelaba el poder de interacción que tienen las sílabas sobre la creación, a cada melodía diferente la tierra sagrada respondía independientemente, y cuando las tensiones aumentaban, así mismo la elocuencia de las formas que plasmaban... Como fuente de energía a ese nivel surreal, siete velas encendía cuando llegaba su vals, se colocaban circundando el diapasón, que a la par creaba

órbitas alrededor... siguiendo las trayectorias invisibles flotaba el ángel de alabastro, como en el infinito lo logran todos los astros; para finalizar llenaba una esfera de vidrio con agua láctea de la fuente elevada, la tierra se acomodaba en las formas que la música le inspiraba y el aire se dividía en dos facciones del viento, y una parte de la brisa era estéril y fría y la otra retumbaba en el aposento, el fuego se consumía rugiendo una letanía y el crepitar definía un patrón del movimiento, el agua también buscaba forma en un volumen que destacaba en la escasa densidad de la blancura, y mostraba las influencias del sonido en la materia y la forma de sus estructuras.

Las «formas» que obtenía Leimanian, según entiendo, representaban los escenarios astrales y los físicos de la existencia de cada persona sobre la tierra, una visión integral de las fracciones del ser; en el libro de Actra relacionaban las formas con un paralelismo entre los siete planos de la vida que llamaba «Polimorfismo» y cuya sucesión conformaba un círculo. Cada forma era un plano independiente, una fracción de la vida, y la proyección unificada de cada uno de los planos sería lo que entendemos como realidad. El recorrido por las siete formas podría parecer surreal, una gran alucinación con escenarios estridentes y sucesos que

en la mente lograban puertas cerrar... Leimanian tenía el poder de llevar a sus pacientes a lo largo de las formas, navegaban en escenarios espirituales apelando a la «Paridad», una suerte de sincro-nismo entre sucesos supra carnales y su influencia en la realidad. Cada quien tenía sus propias formas, como un diagrama genético que definía la construcción espiritual de cada cual, las formas se entrelazaban entre las personas y así se multiplicaba indefinidamente la posibilidad de las construcciones y sus influencias en la realidad, como si fuesen templos donde habitamos en fracciones de nuestra entidad.

Yo visité en la primera sesión una mítica enseñada, la cual no era una «forma» como tal, más bien un ambiente sin dimensiones reales, un lugar espiritualmente accesible para todas las partes que estuvieron involucradas, del cual sin embargo, llegué a mi habitación mojado con agua de mar y partículas de arena en los zapatos. Conocí también ese túnel paradójico oculto en una construcción similar a la Torre de Babel, capaz de conectar todos los puntos de la galaxia mediante un puente de luz. Pero Leimanian alteraba la paridad de sus pacientes, llevaba al límite la capacidad de los instintos primarios, le daba poder y una sólida ilusión de control, ensalzaba los extremos en la

polaridad de cada uno, exacerbando la fortaleza subyacente de las intenciones, al punto de ser acciones por la potencia de la convicción.

Yo apenas había estado en algunas sesiones y la terapia del vals funcionaba en su conjunto, cada notable debía someterse a un número suficiente para mostrar su verdadera composición, ya en el límite personal de cada cual eran extraídas las formas, y con ellas el acceso al esquema de Actra, a la dimensión integral. Las formas eran contendores de todo lo que habita en el hombre y no tiene materia, lo mismo que el espacio de la fe cuando reside en un templo, la suavidad contenida en el contorno de una imagen, el volumen promedio de los recuerdos, la magnitud de la altura hasta la cima de un deseo, la frecuencia de la libertad en los pensamientos, la longitud de las raíces del poder, el peso del miedo a proceder, la densidad de la paz, o la profundidad del abismo donde se suele perder.

Las formas me atormentaban con su transcurso en mi mente, la habitación no alcanzaba para alojar mis escritos y sus misterios vertientes. Sonámbulo caminé por los pasillos hasta el pequeño salón de las puertas y mi sillón, desplazé algunas formas a mi parecer vacías, y investí aquellas paredes con mi inspirada caligrafía. Los sueños que me acosaban, alcanzaban para construir una mitología entera respecto a la mansión y a Leimanian, a mi bifrontismo de causa y culpa constante con una amante nocturna oculta en obras de arte, con sus fuertes deseos carnales y una ilusión de cruzar a la tierra de los mortales, desde prisiones del alma en siete trazos fatales. Mis sueños y las sesiones eran vectores convexos en las mismas direcciones, un cúmulo de vivencias en sitios sin dimensiones. Escribí sobre las paredes que había liberado de las formas:

«Soñé con antiguos mitos y calabozos de piedra, con un bípedo cornudo que a la introspección arredra».

La mujer que me perseguía por los niveles del sueño, parecía querer advertirme acerca de la profundidad de la prisión de las formas, yo escribía de nuevo en tinta violeta:

«Ella, una feroz criatura que devoraba en los

hombres su anhelo de ser enormes, las máximas inquietudes y la razón de la duda, yo, un amante apasionado de la letra y del saber, mi libido desbordado de causa y significado, así como mi obsesión por los misterios sagrados, me condujo a la batalla, con las ideas por metralla quise enfrentarme a sus fauces, y levité sin desaire, por laberintos inmensos cimentados en el aire».

Mi realidad y mis sueños se confundían en el transcurrir de mis noches y mis días:

«Crucé por esos portales, que va diluyendo el tiempo, en el esquema volátil de la fe de los mortales, así en mis sueños logré hilvanar una salida y luego me enfrenté a su violenta embestida».

Juzgaba su advertencia como un ataque nocturno a mis deseos y tendencias, yo estaba decidido a seguir al maestro en cada sesión, sin importar las consecuencias que pudiera traerle a mi alma y a mi corazón. En mi sueño la vencí:

«Volé más allá del cielo con un afán de primicias que condicionaba el vuelo, me elevé muy por encima de lo que un hombre normal reconoce como cima, por los caminos prohibidos para quienes hemos sido en la carne concebidos... ¡Así, cómo no se debe poder volar en la vida!, y volver con esa fuerza de la conciencia conversa, por una saciedad tan densa que puede ser indebida».

Con cada sueño crecía la intencionada simbología, como si mi amada imaginaria estaba desesperada por hacerme razonar, comprender que aún me quedaba tiempo para poder escapar, alejarme del maestro, y de su infamia espiritual... Asalté otras paredes de los pasillos descolgando las formas sin tener la autoridad, escribí otra poética historia acerca de nuestras realidades cruzadas, como si la mansión fuese una existencial embajada:

«Soñé unos mundos de agua y una extraña geografía, y unas islas proximales en perfecta simetría».

En aquella ocasión, ella era el agua serena de un sugerente canal, y yo era un alma en su pena como góndola en el mar:

«A su epidermis salina cicatrizó el arrebol, conjugado el recorrido con las delicias del sol, ¡y me sentí un peregrino de las aguas del destino, y comencé la regata con sus reflejos cetrinos y acentos rojo escarlata!».

Yo caminaba en aquellas islas con mi estampa más carnal, y ella inundó mis cimientos con su vaivén informal, me dio a probar una dosis del anhelado alimento, el deseo y la pasión, la locura, el sufrimiento; la tristeza la ilusión y algún otro sentimiento... ¡Era un paseo inquietante!, donde todo transeúnte siempre sería un inmigrante:

«¡Una visita fortuita por senderos de otro mun-

do!, donde las almas sin cuerpo, como veleros del tiempo, se abrían a mares profundos».

En aquél simple canal, concurrían como fantasmas en un mundo liberal, aquellos que se paseaban usando su cuerpo astral, que se creían ellos mismos siendo el reflejo de otros, que se creían tan normales como lo hacemos nosotros...

Si bien mi intelecto evadió la cruzada de mensajes provenientes de las formas, el espejo de inercia había sembrado semillas de duda en mi intelecto, las cuales prosperaban a un ritmo vertiginoso. «¿Acaso Leimanian había extraído ya mis formas? ¿Estaba yo viviendo en alguna paridad? ¿Sería la propia mansión un escenario espiritual donde yo vivía mi propia fantasía?».

Quizás también sería borrado de mi pasado y al terminar el ensayo me habría de esfumar en otras formas que colgarían de la pared como un trofeo de cacería, en este caso de la mía... Yo sería un instrumento del maestro para redactar un testimonio de su legado: «el hombre que jugaba con el futuro del pasado». Yo podría incluso estar encubriendo una forma de crímenes jamás vista, una suerte de eutanasia por sufrimiento espiritual en retrospectiva. Me cuestionaba constantemente acerca de mi razón en la mansión, hasta que soñé con un camposanto donde enterrado ni un cuer-

po, sólo recuerdos y llantos... Allí volví a ver a la dama de las formas, ahora la percibía como una antigua deidad que se nutría del recuerdo, de la alegría del amor y también de su dolor, de la forma del pasado en los ojos trasnochados de quien lo sueña en color, de su escasa realidad y de su pluralidad... En aquel sueño, yo era el dueño de una heredad donde arrojaban los hombres sus trozos de remembranzas, el cadáver descompuesto de sus falsas alabanzas, sus restos de humanidad y la pasión en cenizas que no se alzaba en la brisa cuando amaban de verdad...

¡En mis tierras la humedad se desataba de noche, cuando aprietan los reproches en la interna soledad! Por la densa oscuridad, a la dama de mis sueños se le juzgaba infernal, por el perfume espectral de sus vaporosos vientos que impregnaba la heredad, como perennes inciensos con olor a crisantemos y al aroma del final... ¡Yo le entregaba falacias del delirio existencial!, pormenores exhumados del engaño revelado, del pecado concebido en un ayer ensalzado y del olvido fingido que jamás se ha consumado.

Ella cauta ante el sonido del olvido no logrado, del crujido del rencor, cual ágil depredador en su eficacia violenta, sabía en aquella ocasión que la presa que enfrentaba era la intención y el miedo

que al prosperar la sustentan. Se alimentaba también de la fuerza del perdón y de las reminiscencias esparcidas entre cruces y campos de tierra suelta, como si fuesen plegarias en sensaciones de vuelta; merodeaba cautelosa frente a la estatua de un ángel en su afán de devorar, bogaba entre mausoleos como una flor que reposa sobre la estela del mar, entre tumbas de argumentos y coloquios condenados a los sepulcros del tiempo... Pero, ¡las fosas en mi heredad eran de todo distintas!, allí enterraban memorias y cadáveres de tinta, amores que habrían nacido en dos eras diferentes dentro de la misma cripta, y sentimientos ardiendo en viejas llamas extintas... ¡Amores sólo posibles en el espectro intangible que brinda la lejanía!, por el diseño orbital que rige a todo mortal en perfecta simetría, así es que se enamoraban el más febril sufrimiento y la fugaz alegría, la razón de un gran rencor y la penosa ficción de toda melancolía, la pasión que engendra el odio y la estática quietud que define la apatía... Con el pasar de los días, ¡ella quiso despojarse de su aura de cristal y poder enamorarse de una criatura formal! En mi heredad pretendía la elíptica cabalgar, y en su órbita forjarse alguna incursión carnal, lograr esa dignidad de conocer en la piel la gloria y la austeridad... ¡Tras tanto intento fallido murió en

su propia ansiedad! Quiso un sepulcro por nido y volar por horizontes que resultaban prohibidos a su rancia majestad, como muere la utopía cuando quiere realidad, como un Dios que desafía el renglón de su entidad, que sin fe ni profecías que enaltezcan su deidad, se esfuma en esa agonía de redimir un silencio que no sabe ser verdad...

La mirada de alabastro escrutaba entre mis versos, como si en ellos hubiese rogativas por su aliento, ¡dedos enhiestos mostraban la negativa en un gesto! y en el sueño mis palabras acataban sin reproche el veredicto perverso.

Ese sueño me llevó a una reflexión más profunda acerca de mis circunstancias, me fui asomando por cada ventana de la mansión y noté que detrás de algunas, sólo se divisaba el vacío... ¡Aquel aposento no era real!, había fallas en su construcción, nunca pude ubicar el Gran Salón, era imposible que con sus proporciones estuviese oculto entre los pasillos internos y las habitaciones.

«¿Acaso estaba secuestrado en una casa imaginaria? ¿Acaso Leimanian me había confinado en una de sus siete formas?».

En medio de la reflexión sentí que había perdido mi pasado, poco recordaba acerca de mí, no podía establecer con claridad el momento en el cual negocié los términos de mi reclusión, para ser fran-

co, no recordaba siquiera que yo fuese un escritor. ¡Quise encarar al maestro!, decidí enfrentarlo y exigirle que me ayudase a comprender mi realidad, cualquiera que fuese. Inicié una cruzada en su búsqueda por cada rincón de la casa, abrí cada puerta que conseguí, entré y salí de cada salón hasta que logré dar con el acceso a su despacho. Me perturbó saberlo adentro, su voz macabra me convidaba al acceso, sólo tenía que empujar la puerta y allí podría confrontarlo... Traspasé el portal y entré hasta el despacho, el maestro me saludó cordialmente y me invitó a tomar asiento en el cómodo sofá que me quedaba más próximo. Leimanian tenía un aura distinta, más humana; sin menoscabo de su mirada profunda y violeta, se colocó unos anteojos negros con cristales polarizados, que ocultaban ligeramente sus ojos, llevaba una bata blanca y la boina que lo caracterizaba, sonrió sin la mueca de dolor que le notaba antes, y me llamó por mi nombre de pila, al cual por cierto me sentí ajeno. Yo no dejaba de mirar la colección de rarezas que se supone decoraban el despacho, el maestro sustrajo un disco de acetato de su nutrida colección y lo hizo sonar en la vieja máquina de sonidos, que yo creía una pieza de museo... ¡Para mi sorpresa el disco interpretaba su vals!, sonaba de una manera extraordinaria,

como si fuesen aparatos de última generación, no distinguía los altavoces pero el sonido me rodeaba por completo, sentí de inmediato la distensión en el ambiente entero, el maestro hurgó un poco entre sus expedientes y colocó el que supuse mío sobre el escritorio...

¡Noté que las formas en el círculo de Actra que decoraban el fondo, comenzaron a moverse!, el uróboro giraba continuamente engulléndose a sí mismo y yo sentí que el maestro comenzaba una sesión. ¡El vals sonaba en un disco y sin embargo lograba relajar mi corazón! Leimanian me miraba con sus gestos restringidos y sentí que me traspasaba el alma, la cual podría quedar atrapada en cualquier momento, en cualquier elemento de aquella extraña habitación. La víbora que circundaba la vara se movía con angustiante sigilo, el ángel con sus olorosos nardos se elevaba sobre la tierra sagrada, que ya había sido dispuesta sobre el raro diapasón... Leimanian hablaba en su desconocido lenguaje y encendió las siete velas en el opuesto rincón. ¡Yo estaba inmovilizado!, el maestro parecía controlar mi tono muscular con sus palabras salvajes, hasta que me habló en un perfecto español. Continuaba llamándome por un nombre que no reconocía, quizás me había confundido con un «notable», destinado a ser de su

pasado forajido, le hablé acerca del ensayo literario para crear un contexto, a lo cual sonrió con incipiente gesto, y con la cabeza asintió. De nuevo hurgó en sus cajones y colocó un grueso libro de poemas, que luego fue hojeando al azar, ¡casi todas eran mías!, pero estaban empastadas en una anti-
quísima edición. Seguía sonando el vals y sentía que me elevaba sobre los muebles de aquel salón, vi la cabeza de piedra, y noté que de inmediato su zona craneal se encendía, el maestro cesó mi episodio de levitación con sólo posar su mano sobre el hombro, que le quedaba a la altura de la cara por mi peculiar elevación. El ambiente comenzó a fragmentarse como en todas las sesiones, pero el maestro también detuvo aquel fenómeno con la misma estrategia que derogó mi vuelo.

Comenzó a interrogarme acerca de mis sueños, me enfrentó al espejo de inercia y allí me fui disolviendo, en esa pequeña galaxia contenida en el espejo. ¡Hizo un sonido muy fuerte con la palma de las manos y fue un disparo de impresiones y miradas fulminantes que fracturó su reflejo! De nuevo surgió la dama de mis sueños, y ella promulgó ilusiones desde su extraño gobierno de residuos y rincones... Yo, servil, correspondía y avivaba sus pasiones a lo largo de un espacio basado en sus dimensiones. ¡El vals incrementó la tensión con

la pujanza de sus acordes!, y entonces ella quiso cruzar los cristales en un éxodo insurgente a los rigores formales, a las dinastías banales hechas de carne, de huesos y capítulos finales... Se apoderó de mi cuerpo, de mi alma, y supuse un infinito todo compuesto de ella... Se hizo de piel y de estrella, imaginaria y veraz como mi sueño con ella, iluminada y voraz cual angelical querella, episódica y fugaz como virtud de doncella...

Dentro de mí había una batalla campal, sensual; deshicimos labio a labio el estricto protocolo que limitaba su acceso, y ella narraba el proceso con la voz de su silencio y un concierto quejumbroso sugestivo del acierto... ¡Confundí en aquel suceso el límite vertical entre la tierra y sus besos!, y vasallo de su exceso fui el garante irracional, de un credo, que no profeso...

¡En el despacho, Leimanian me devolvía a la carne de mi cuerpo!, y en el cristal de la inercia, tras mi aspiración constante, con la intención por esmalte su desnudez en reflejos la dibujaba el espejo... ¡Así, tan emocional que dilató mis arterias!, cual potro que se alborota, con un rigor que presume su devoción sin miseria... ¡Así, impredecible y ubicua, como el cielo y las bacterias!, como la distribución de la materia, cada vez más, siendo menos, hasta ser etérea... ¡Con otra palmada sonora,

Leimanian quebró el espejo y por inercia reflejó mi rostro con total simplicidad!. Salí del trance y recuperaré por un instante mi pasado, y el maestro conversaba conmigo acerca de la sustancia que componía mis sueños... Reconocí de inmediato haber soñado constantemente con ella, simbólica y endiosada como una letra inspirada, ¡hecha un híbrido animal!, mitológico y distinto en su aéreo laberinto, presa de la encrucijada; ubicua e inesperada, con la imagen de su alma entre espejos reflejada; yo había cruzado tres ambientes: derribo, ruina y presente, en el templo renovado que constituye su mente, y en su fértil subconsciente, cosechaba madrugadas, el suelo era un remanente de viejas tierras sagradas, ¡y la soñé una deidad!, vagando en el camposanto de mi ancestral heredad... pero ella no sabía la escabrosa realidad... ¡Mi soñar era su edad!, y en mis noches había un soplo de ilusoria humanidad, ¡que como un vil arquitecto, desde su sutil espectro yo había fundado cimientos de una carnal majestad!, y un melódico silencio era el drama en mi argumento, y vivía cada momento con precisa brevedad... ¡Que su carne fue soñada, como una humana embajada de mundos imaginarios, en tierras de realidad! Que su materia es el saldo de una batalla incorpórea por el control de mi empíreo, entre el dolor y la

gloria, ¡su espíritu un remanente de luz en la oscuridad!, y su razón una deuda del rencor con la piedad.

Leimanian y yo conversamos sin tiempo acerca de mi extraño bifrontismo... ¡Las culpas emergían a través de mi intelecto y de mi poesía!, pero la verdad, había un muy oscuro argumento: No estaba allí para escribir un ensayo, ¡no!, ¡sólo cumplía con mi condena! Estaba allí forzado por una autoridad que creyó que aquello era lo que merecía, así como cualquier extracción que Leimanian estimase conveniente... ¡La verdad, es que soy un dementel, un vulgar asesino que mató a su amante a sangre fría en los albores del día... ¡No tuve un móvil preciso!, no hubo razón para el crimen, sólo quise de momento apreciar la luz de su espíritu extinguirse, y después la mía... ¡Pero no abandoné este mundo en el preciso momento que mi puñal en su corazón hundí!, lo que abandoné fue la realidad y me inventé otra verdad.

Hubo abogados, litigio y sentencia, como resultado del juicio fui a parar a un centro de rehabilitación, uno muy particular, donde el Dr. Actra Leimanian aplicaba terapias de hipnosis y psicoanálisis, basadas en la exposición del paciente a una variedad muy selecta de música clásica, y la aplicación visual de siete formas concebidas por

él mismo, capaces de remover la estratificación psicológica de individuos, perturbados por afecciones no convencionales. El fin primordial era penetrar en ese cosmos hasta lo más profundo, y promover unos sentimientos de superación, empatía y redención, capaces incluso de reinsertar a los afectados, en el común que los hombres sanos llamamos sociedad.

La verdad es que Leimanian era un buen especialista, un médico contemporáneo y competente, y aquel macabro «Maestro», sólo existía en mi mente. Hice de mi prisión un misterio, y del misterio un abismo muy oscuro y con seísmos que prometían redención; quise borrar me del pasado ofreciendo mi propia vida como una moneda de intercambio, imaginé el Gran Salón, con una enorme cabeza que había visto en el despacho, y le conferí un origen de talla interestelar. Así mismo, al vals que escuchaba en las sesiones lo asumí como un místico vehículo que nos llevaba de viaje por mundos espirituales con el talento de Leimanian. Ciertamente, cada jueves el maestro nos ofrecía un recital, invitaba sus amigos de la sinfónica local y bailábamos al compás de sus melodías, incluyendo su preferido en el despacho, su interminable «Vals». Realmente, me figuré que Leimanian nos apresaba en sus formas, y se apoderaba por

completo de toda la economía de quien lo requería; que era un verdugo del tiempo, capaz de asesinar a las personas y su pasado, en un místico entramado que no dejaba residuos, encarcelando nuestras almas en prisiones dibujadas con polvo de estrellas, y energías reconducidas a planos incognoscibles, en estas celdas interconexas que yo llamaba las «Siete Formas», y que habrían sido trazadas copiando la forma original, el molde de la sustancia de todas las cosas...

¡Había creado un monstruo del buen Dr. Leimanian!, idealicé sus sesiones en túneles y rincones con fuerzas del más allá, ¡y nada de aquel supuesto era un suceso real! Mis rebuscadas teorías ni cerca le definían.

El buen Dr. Leimanian no era ese monstruo que yo me había inventado, no era un hechicero del espíritu como me figuraba, cuando presencié sus primeras prácticas, las primeras sesiones, el primer vals... ¡No! El buen Dr. Leimanian no coleccionaba las formas de las personas, para colgarlas de los pasillos como si fuesen cabezas de cacería ¡No! Leimanian no era un sádico ni un asesino serial.

¡Sin duda soy un demente!, nadie puede jugar con el pasado de las personas y borrarlas del corazón y de los recuerdos del colectivo, nadie puede desintegrar tantos cuerpos y convertirlos en manchas

como si fuesen prisiones, nadie puede controlar una liturgia masiva de gente que sigue viva pero abducida desde un tiempo ya pasado... Sólo un demente habría expuesto en un ensayo literario, en un relato corto y espeluznante, situaciones surreales nacidas de la ficción, como si fuesen anécdotas vividas, escritas a puño y letra por mandato de la consciencia e impulso del corazón... Sólo puede ser ficción, ¡nadie puede ni podría concebir a sangre fría esta clase de prisión!

En mi locura ordinaria, sólo espero que este libro salga a la luz algún día y sume lectores por cientos, que se desaten reacciones desde las caras ocultas de todos sus pensamientos. Quizás esa clase de energía funcione como un espejo de inercia, donde refleje mis formas, quizás llegará el día que mis formas obsesionen a exploradores del sueño, y escucharán mi canción, en la que sigo encerrado sin ninguna evolución... ¡Mi pasado se ha borrado! Quizás ni siquiera exista mientras lean las pocas hojas que escribí en mi habitación, pero guardo la esperanza de que sea posible, de este yugo espiritual en la mansión intangible, lograr algún día mi liberación...

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 22 de mayo de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1994 en que falleciera el escritor y lingüista Iraset Páez Urdaneta

www.sultanadellago.com

Un desconocido escritor es invitado a participar en una extraña sesión espiritual, «El Círculo de Actra», para redactar un ensayo literario acerca de sus peligrosas prácticas de liberación del alma, llevadas a cabo fundamentalmente por un hombre excéntrico y sombrío, llamado Leimanian. Aquel individuo también conocido como «El Maestro», por su presunto virtuosismo en el piano y genialidad para la composición musical, inicia sus ceremonias interpretando un misterioso vals, una melodía trascendental que ensalza el poder creador del sonido, y es capaz de fracturar el tiempo y el intelecto de las personas, para recomponer pecados cometidos en el pasado a través de un sinfónico ritual... Con esa rara liturgia, Leimanian logra sanar el cuerpo y el alma, de aquellos que resienten haber obrado del lado del mal a lo largo de su vida, y ahora buscan la redención en sus extrañas prácticas de sanación.

El escritor presenció con asombro los alcances de las sesiones en el Gran Salón. Pudo ver a Leimanian desafiar la realidad, con el uso del piano y el poder del sonido sobre el espíritu y la materia, pero tras comprender el oscuro desenlace de sus ceremonias, el significado de «Círculo de Actra» y de las «Siete Formas», el delirante invitado es víctima y victimario de sí mismo, a lo largo de una poética pasión introspectiva que lo obliga a enfrentar una inesperada revelación...